



*L. Alabara. g.*

*Parvum Coelesti Sponso plantaverat hortum,  
 Quem coluit Vigili Magna Teresa manu:  
 Sed plantasse parum fuerat, nisi Visceret ipsa  
 Visendi normam Patribus atque Redat.*

**OBRAS**

DE

**SANTA TERESA DE JESÚS,**

**FUNDADORA**

DE LA

**REFORMA DE LA ÓRDEN**

DE

**NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.**

**TOMO IV.**

110441

*Con aprobación del Ordinario.*

**BARCELONA:**

**LIBRERÍA RELIGIOSA,**

IMPRESA DE D. PABLO RIECK.

*Mayo de 1882.*

**FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
 DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN**

31111



**EXCLAMACIONES**

6

**MEDITACIONES**

**DEL ALMA Á SU DIOS.**

ESCRITAS POR

LA SANTA MADRE

*Teresa de Jesús*

EN DIFERENTES DIAS, CONFORME AL ESPÍRITU QUE  
LE COMUNICABA NUESTRO SEÑOR DESPUÉS DE HA-  
BER COMULGADO, AÑO DE MIL Y QUINIENTOS Y SE-  
SENTA Y NUEVE.

I.

1. Ó vida, vida, ¿cómo puedes susten-  
tarte estando ausente de tu vida? En tanta  
soledad, ¿en qué te empleas? ¿Qué haces,  
pues todas tus obras son imperfectas y faltas?  
¿Qué te consuela, ó ánima mia, en este tem-  
pestuoso mar? Lástima tengo de mí, y ma-  
yor del tiempo que no viví lastimada. ¡Ó Se-  
ñor, que vuestros caminos son suaves! ¿Mas



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

BX 896

T 4

V. 4



quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy á servir, no hallo cosa que me satisfaga, para pagar algo de lo que debo. Parece que me querría emplear toda en esto, y cuando bien considero mi miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno, si no me lo dais Vos. ¡Ó Dios mio! ¡Misericordia mia! ¿qué haré, para que no deshaga yo las grandezas que Vos haceis conmigo? Vuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor, y con gran sabiduría, pues la misma sois Vos, Señor. Si en ella se ocupa mi entendimiento, quejase la voluntad, porque querría que nadie la estorbare á amaros; pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcanzar quién es su Dios, y deséale gozar, y no ve cómo, puesta en cárcel tan penosa como esta mortalidad. Todo la estorba, aunque primero fué ayudada en la consideracion de vuestras grandezas, á donde se hallan mejor las innumerables bajezas mias. ¿Para qué he dicho esto, mi Dios? ¿A quién me quejo? ¿Quién me oye sino Vos, Padre y Criador mio? ¿Pues para entender Vos mi pena, qué necesidad tengo de hablar, pues tan claramente veo que

estais dentro de mí? Este es mi desatino. ¡Mas ay, Dios mio! ¿Cómo podré yo saber cierto, que no estoy apartada de Vos? ¡Ó vida mia! ¡Qué has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! Quién te deseará, pues la ganancia que de tí se puede sacar ó esperar, que es contentar en todo á Dios, está tan incierta y llena de peligros.

II.

2. Muchas veces, Señor mio, considero, que si con algo se puede sustentar el vivir sin Vos, es en la soledad; porque descansa el alma con su descanso; puesto que como no se goza con entera libertad, muchas veces se dobla el tormento; mas el que da el haber de tratar con las criaturas, y dejar de entender el alma á solas con su Criador, hace tenerle por deleite. ¿Mas qué es esto, mi Dios, que el descanso cansa al alma, que solo pretende contentaros? ¡Ó amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar de lo que posee. El de mi Dios, mientras mas amadores entiende que



hay, mas crece, y así sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡Ó bien mio! Que esto hace, que en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay, que no quieren estos contentos, y de los que para siempre los han de perder. Y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo, cuando piensa será alguna parte para que otros le procuren gozar. ¿Mas, Padre celestial mio, no valdria mas dejar estos deseos para cuando está el alma con menos regalos vuestros, y ahora emplearse toda en gozaros? ¡Ó Jesús mio! ¡Cuán grande es el amor que teneis á los hijos de los hombres! Que el mayor servicio que se os puede hacer, es dejaros á Vos por su amor y ganancia, y entonces sois poseido mas enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta á Vos, y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor del prójimo. Quien no le amare, no os ama, Señor mio, pues con tanta sangre

vemos mostrado el amor tan grande que teneis á los hijos de Adan.

III.

3. Considerando la gloria que teneis, Dios mio, aparejada á los que perseveraren en hacer vuestra voluntad, y con cuántos trabajos y dolores la ganó vuestro Hijo, y cuán mal lo teníamos merecido, y lo mucho que merece, que no se desagradezca la grandeza de amor que tan costosamente nos ha enseñado á amar, se ha afligido mi alma en gran manera. ¿Cómo es posible, Señor, se olvide todo esto, y que tan olvidados estén los mortales de Vos cuando os ofenden? ¡Ó Redentor mio! Y cuán olvidados se olvidan de sí, ¿y que sea tan grande vuestra bondad, que entonces os acordéis Vos de nosotros, y que habiendo caido por heriros á Vos de golpe mortal, olvidado desto, nos torneis á dar la mano, y desperditeis de frenesí tan incurable, para que procuremos y os pidamos salud? Bendito sea tal Señor, bendita tan gran misericordia, y alabado sea por siempre por tan piadosa piedad. ¡Ó ánima mia! Bendice para siempre á tan gran Dios. ¿Cómo se puede tornar contra él?



¡Oh, que á los que son desagradecidos la grandeza de la merced les daña! Remediadlo Vos mi Dios. ¡Ó hijos de los hombres! ¿Hasta cuándo seréis duros de corazón, y le tendréis para ser contra este mansísimo Jesús? ¿Qué es esto? ¿Por ventura permanecerá nuestra maldad contra él? No, que se acaba la vida del hombre como la flor del heno, y ha de venir el Hijo de la Virgen á dar aquella terrible sentencia. ¡Ó poderoso Dios mio! Pues aunque no queramos, nos habeis de juzgar, porque no miramos lo que nos importa teneros contento para aquella hora. ¿Mas quién, quién no querrá Juez tan justo? Bienaventurados los que en aquel temeroso punto se alegraren con Vos. ¡Ó Dios y Señor mio! Al que Vos habeis levantado, y él ha conocido cuán miseramente se perdió por ganar un muy breve contento, y está determinado á contentaros siempre, y ayudándole vuestro favor; pues no faltais, bien mio de mi alma, á los que os quieren, ni dejais de responder á quien os llama, ¿qué remedio, Señor, para poder después vivir, que no sea muriendo, con la memoria de haber perdido tanto bien como tuviera estando en la inocencia que que-

dó del bautismo? La mayor vida que puede tener, es morir siempre con este sentimiento. Mas el alma que tiernamente os ama, ¿cómo lo ha de poder sufrir? ¡Mas qué desatino os pregunto, Señor mio! Parece que tengo olvidadas vuestras grandezas y misericordias, y como venistes al mundo por los pecadores, y nos compraste por tan gran precio, y pagastes nuestros falsos contenidos, con sufrir tan crueles tormentos y azotes. Remediastes mi ceguedad, con que atapasen vuestros divinos ojos, y mi vanidad con tan cruel corona de espinas. ¡Ó Señor, Señor! Todo esto lastima mas á quien os ama: solo consuela, que será alabada para siempre vuestra misericordia, cuando se sepa mi maldad, y con todo no sé si quitarán esta fatiga, hasta que con veros á Vos se quiten todas las miserias desta mortalidad.

IV.

4. Parece, Señor mio, que descansa mi alma, considerando el gozo que terná, si por vuestra misericordia le fuere concedido gozar de Vos. Mas querria primero serviros, pues ha de gozar de lo que Vos sirviéndola á ella



le ganastes. ¿Qué haré, Señor mio? ¿Qué haré, mi Dios? Ó qué tarde se han encendido mis deseos, y qué temprano andábades Vos, Señor, granjeando y llamando, para que toda me emplease en Vos. ¿Por ventura, Señor, deseparastes al miserable, ó apartastes al pobre mendigo, cuando se quiere llegar á Vos? ¿Por ventura, Señor, tienen término vuestras grandezas ó vuestras magnificas obras? ¡Ó Dios mio y misericordia mia! ¡Y cómo las podeis mostrar ahora en vuestra sierva! Poderoso sois, gran Dios: ahora se podrá entender si mi alma se entiende á sí, mirando el tiempo que ha perdido, y como en un punto podeis Vos, Señor, hacer que le torne á ganar. Parece que desatino, pues el tiempo perdido suelen decir que no se puede tornar á cobrar. Bendito sea mi Dios. ¡Ó Señor! Confieso vuestro gran poder: si sois poderoso como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Quered Vos, Señor mio, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podeis lo que quereis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras, y considero que podeis hacer mas, mas se fortalece mi fe, y con mayor determinacion creo

que lo haréis Vos. ¿Y qué hay que maravillarse de lo que hace el Todopoderoso? Bien sabéis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Válame, Señor, esto en que no os he ofendido. Recuperad, Dios mio, el tiempo perdido con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, pues si quereis podeis.

V.

5. Ó Señor mio, ¿cómo os osa pedir mercedes quien tan mal os ha servido, y ha sabido guardar lo que le habeis dado? ¿Qué se puede confiar de quien muchas veces ha sido traidor? ¿pues qué haré, consuelo de los desconsolados, y remedio de quien se quiere remediar de Vos? ¿Por ventura, será mejor callar con mis necesidades, esperando que Vos las remedieis? No por cierto, que Vos, Señor mio y deleite mio, sabiendo las muchas que habian de ser, y el alivio que nos es contarlas á Vos, decís que os pidamos, y que no dejaréis de dar. Acuérdomme algunas veces de las quejas de aquella santa mujer Marta, que no



solo se quejaba de su hermana, antes tengo por cierto, que su mayor sentimiento era pareciéndole no os doliades Vos, Señor, del trabajo que ella pasaba, ni se os daba nada que ella estuviese con Vos. Por ventura le pareció no era tanto el amor que la teniades, como á su hermana, que esto le debia hacer mayor sentimiento, que el servir á quien ella tenia tan gran amor, que este hace tener por descanso el trabajo. Y parécese en no decir nada á su hermana, antes con toda su queja fué á Vos, Señor, que el amor la hizo atrever á decir, que cómo no teniades cuidado. Y aun en la respuesta parece ser y proceder la demanda de lo que digo; que solo amor es el que da valor á todas las cosas, y que sea tan grande, que ninguna le estorbe á amar, es lo más necesario. ¿Mas cómo le podremos tener, Dios mio, conforme á lo que merece el amado, si el que Vos me teneis no le junta consigo? ¿Quejaréme con esta santa mujer? Ó, que no tengo ninguna razon, porque siempre he visto en mi Dios hartos mayores y mas crecidas muestras de amor de lo que yo he sabido pedir, ni desear, si no me quejo de lo mucho que vuestra benignidad me ha sufrido, no ten-

go de qué. ¿Pues qué podrá pedir una cosa tan miserable como yo? Que me deis, Dios mio, que os dé con san Agustin, para pagar algo de lo mucho que os debo, que os acordéis que soy vuestra hechura, y que conozca yo quién es mi Criador, para que le ame.

VI.

6. ¡Ó deleite mio, Señor de todo lo criado y Dios mio! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais á quien tan poco tiene en la tierra, para tener algun descanso fuera de Vos? ¡Ó vida larga! ¡Ó vida penosa! ¡Ó vida que no se vive! ¡Ó qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! ¿Pues cuándo, Señor, cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haré, bien mio, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearo? ¡Ó mi Dios y mi Criador! Que llegais, y no poneis la medicina: herís, y no se ve la llaga: matais, dejando con mas vida: en fin, Señor mio, haceis lo que quereis como poderoso. ¿Pues un gusano tan despreciado, mi Dios, quereis sufra estas contrariedades? Sea así, mi Dios, pues Vos lo quereis, que yo no quiero sino quereiros. ¡Mas ay, ay, Criador mio! ¡Que el do-



lor grande hace quejar, y decir lo que no tiene remedio, hasta que Vos querais! Y alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que Vos querais. Qued, gloria mia, que crezca su pena, ó remediadla del todo. ¡Ó muerte, muerte! ¡No sé quién teme, pues está en tí la vida! ¡Mas quién no temerá, habiendo gastado parte della en no amar á su Dios! Y pues soy esta, ¿qué pido y qué deseo? ¿Por ventura el castigo tan bien merecido de mis culpas? No lo permitais Vos, bien mio, que os costó mucho mi rescate. ¡Ó ánima mia! Deja hacerse la voluntad de tu Dios, eso te conviene: sirve, y espera en su misericordia que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algun perdon dellas: no quieras gozar sin padecer. ¡Ó verdadero Señor y Rey mio! Que aun para esto no soy, si no me favorece vuestra soberana mano y grandeza, que con esto todo lo podré.

VII.

7. Ó esperanza mia, y Padre mio, y mi Criador, y mi verdadero Señor, y Hermano: cuando considero en cómo decís que son vues-

tros deleites con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma. ¡Ó Señor del cielo y de la tierra! Y qué palabras estas para no desconfiar ningun pecador. ¿Fáltaos, Señor, por ventura con quien os deleiteis que buscais un gusanillo tan de mal olor como yo? Aquella voz se oyó cuando el bautismo, que dice que os deleitais con vuestro Hijo: ¿pues hemos de ser todos iguales, Señor? ¡Ó qué grandísima misericordia, y qué favor tan sin poderlo nosotras merecer! ¿Y qué todo esto olvidemos los mortales? Acordaos Vos, Dios mio, de tanta miseria, y mirad nuestra flaqueza, pues de todo sois sabidor. ¡Ó ánima mia! Considera el gran deleite y gran amor que tiene el Padre en conocer á su Hijo, y el Hijo en conocer á su Padre, y la inflamacion con que el Espíritu Santo se junta con ellos: y como ninguna se puede apartar deste amor y conocimiento, porque son una mesma cosa. Estas soberanas Personas se conocen, estas se amán, y unas con otras se deleitan. ¿Pues qué menester es mi amor? ¿Para qué le que-  
reis, Dios mio? ¿Ó qué ganais? ¡Ó bendito seais Vos! ¡Ó bendito seais, Dios mio, para siempre! Alaben os todas las cosas, Señor, sin



fin, pues no lo puede haber en Vos. Alégrate, anima mia, que hay quien ame á tu Dios como él merece. Alégrate, que hay quien conoce su bondad y valor. Dale gracias, que nos dió en la tierra quien así le conoce, como á su único Hijo. Debajo deste amparo podrás llegar, y suplicarle que pues su Majestad se deleita contigo, que todas las cosas de la tierra no sean bastantes á apartarte de deleitarte tú, y alegrarte en la grandeza de tu Dios, y en como merece ser amado y alabado, y que te ayude para que tu seas alguna partecita para ser bendecido su nombre, y que puedas decir con verdad: Engrandece y loa mi ánima al Señor.

VIII.

8. ¡Ó Señor Dios mio, y cómo teneis palabras de vida, á donde todos los mortales hallarán lo que desean, si lo quisiéremos buscar! Mas qué maravilla, Dios mio, que olvidemos vuestras palabras con la locura y enfermedad que causan nuestras malas obras. ¡Ó Dios mio, Dios, Dios, hacedor de todo lo criado! ¡Y qué es lo criado si Vos, Señor, quisiéredes criar mas! Sois todopoderoso, son incom-

prensibles vuestras obras. Pues haced, Señor, que no se aparten de mi pensamiento vuestras palabras. Decís Vos: Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, que yo os consolaré. ¿Qué mas queremos, Señor? ¿Qué pedimos? ¿Qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos, sino por buscar descanso? ¡Válame Dios, ó válame Dios! ¿Qué es esto, Señor? ¡Ó qué lástima! ¡Ó gran ceguedad! ¡qué le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Criador, destas vuestras criaturas. Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadnos, Señor, luz, mirad que es mas menester, que al ciego que lo era de su nacimiento, que este deseaba ver la luz, y no podia: ahora, Señor, no se quiere ver. ¡Ó qué mal tan incurable! Aquí, Dios mio, se ha de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia. ¡Ó qué recia cosa os pido; verdadero Dios mio! Que querais á quien no os quiere, que abraís á quien no os llama, que deis salud á quien gusta de estar enfermo y anda procurando la enfermedad. Vos decís, Señor mio, que venís á buscar los pecadores: estos, Señor, son los verdaderos pe-



cadores: no mireis nuestra ceguédad, mi Dios, sino á la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros: resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad: mirad, Señor, que somos hechura vuestra, válganos vuestra bondad y misericordia.

IX.

9. ¡Ó piadoso y amoroso Señor de mi alma! Tambien decís Vos: Venid á mi todos los que teneis sed, que yo os daré á beber. ¡Pues cómo puede dejar de tener gran sed el que se está ardiendo en vivas llamas en las codicias destas cosas miserables de la tierra! Hay grandísima necesidad de agua, para que en ella no se acabe de consumir. Ya sé yo, Señor mio, de vuestra bondad que se la daréis: Vos mesmo lo decís, no pueden faltar vuestras palabras. Pues si de acostumbrados á vivir en este fuego, y de criados en él, ya no lo sienten, ni afinan de desatinados á ver su gran necesidad, ¿qué remedio, Dios mio? Vos venistes al mundo para remediar tan grandes necesidades como estas, comenzad, Señor: en las cosas mas dificultosas se ha de mostrar vuestra piedad. Mirad, Dios mio, que van

ganando mucho vuestros enemigos: habed piedad de los que no la tienen de sí, ya que su desventura los tiene puestos en estado que no quieren venir á Vos, venid Vos á ellos, Dios mio. Yo os lo pido en su nombre, y sé que como se entiendan, y tornen en sí, y comiencen á gustar de Vos, resucitarán estos muertos. ¡Ó vida que la dais á todos! No me neguéis á mi esta agua dulcísima que prometéis á los que la quieren: yo la quiero, Señor, y la pido, y vengo á Vos: no os escondais, Señor, de mí, pues sabéis mi necesidad, y que es verdadera medicina del alma llagada por Vos. ¡Ó Señor, qué de maneras de fuegos hay en esta vida! ¡Ó con cuánta razon se ha de vivir con temor! Unos consumen el alma, otros la purifican, para que viva para siempre gozando de Vos. ¡Ó fuentes vivas de las llagas de mi Dios! Cómo manaréis siempre con gran abundancia para nuestro nacimiento, y qué seguro irá por los peligros desta miserable vida, el que procurare sustentarse deste divino licor.



X.

10. ¡Ó Dios de mi alma, qué priesa nos damos á ofenderos! ¡Y cómo os la dáis Vos mayor á perdonarnos! ¿Qué causa hay, Señor, para tan desatinado atrevimiento? Si es el haber ya entendido vuestra gran misericordia y olvidarnos de que es justa vuestra justicia. Cercáronme los dolores de la muerte, ¡ó, ó, ó, qué grave cosa es el pecado, que bastó para matar á Dios con tantos dolores! ¡Y cuán cercado estais, mi Dios, dellos! ¿A dónde podeis ir, que no os atormenten? De todas partes nos dan heridas mortales. ¡Ó cristianos! Tiempo es de defender á vuestro Rey, y de acompañarle en tan gran soledad, que son muy pocos los vasallos que le han quedado, y mucha la multitud que acompaña á Lucifer: y lo que peor es, que se muestran amigos en lo público, y véndenle en lo secreto: casi no halla de quién se fiar. ¡Ó amigo verdadero, qué mal os paga el que os es traidor! ¡Ó cristianos verdaderos! Ayudad á llorar á vuestro Dios, que no es por solo Lázarro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no habian de querer resucitar, aunque su

Majestad los diese voces. ¡Ó bien mio, qué presentes teniades las culpas que he cometido contra Vos! Sean ya acabadas, Señor, sean acabadas, y las de todos. Resucitad á estos muertos, sean vuestras voces, Señor, tan poderosas, que aunque no os pidan la vida se la deis, para que después, Dios mio, salgan de la profundidad de sus deleites. No os pidió Lázarro que le resucitásedes. Por una mujer pecadora lo hiciste, veisla aquí, Dios mio, y muy mayor: resplandezca vuestra misericordia. Yo aunque miserable lo pido por las que no os lo quieren pedir. Ya sabeis, Rey mio, lo que me atormenta verlos tan olvidados de los grandes tormentos que han de padecer para sin fin, si no se tornan á Vos. ¡Ó los que estais mostrados á deleites, y contentos, y regalos, y hacer siempre vuestra voluntad, habed lástima de vosotros! Acordaos que habeis de estar sujetos siempre, siempre sin fin á las furias infernales; mirad, mirad, que os ruega ahora el Juez que os ha de condenar, y que no teneis un solo momento segura la vida; ¿por qué no quereis vivir para siempre? ¡Ó dureza de corazones humanos! Ablándelos vuestra inmensa piedad, mi Dios.



XI.

11. ¡Ó váleme Dios! ¡Ó váleme Dios!  
¿Qué gran tormento es para mí, cuando considero, qué sentirá una alma que siempre ha sido acá tenida, y querida, y servida, y estimada, y regalada, cuando en acabándose de morir se vea ya perdida para siempre, entienda claro que no ha de tener fin: que allí no le valdrá querer no pensar las cosas de la fe (como acá ha hecho), y se vea apartar de lo que le parecerá que aun no habia comenzado á gozar? Y con razon, porque todo lo que con la vida se acaba, es un soplo, y rodeado de aquella compañía disforme y sin piedad, con quien siempre ha de padecer, metida en aquel lago hediondo, lleno de serpientes, que la que mas pudiere la dará mayor hocado: en aquella miserable escuridad á donde no verán sino lo que les dará tormento y pena, sin ver luz, sino de una llama tenebrosa. ¡Ó qué poco encarecido va para lo que es! ¡Ó Señor, quién puso tanto lodo en los ojos desta alma, que no haya visto esto, hasta que se vea allí! ¡Ó Señor, quién ha atapado sus oidos para no oír las muchas veces que se le

habia dicho esto, y la eternidad destes tormentos! ¡Ó vida que no se acabará! ¡Ó tormento sin fin! ¡Ó tormento sin fin! ¿Cómo no os temen los que temen dormir en una cama dura, por no dar pena á su cuerpo? ¡Ó Señor Dios mio! Lloro el tiempo que no lo entendí: y pues sabeis, mi Dios, lo que me fatiga ver los muy muchos que hay que no quieren entenderlo: siquiera uno, Señor, siquiera uno que ahora os pido alcance luz de Vos, que seria para tenerla muchos. No por mí, Señor, que no lo merezco, sino por los méritos de vuestro Hijo mirad sus llagas, Señor, y pues él perdonó á los que se las hicieron, perdonadnos Vos á nosotros.

XII.

12. ¡Ó mi Dios y mi verdadera fortaleza! ¿Qué es esto, Señor, que para todo somos cobardes, sino es para contra Vos? Aquí se emplean todas las fuerzas de los hijos de Adan. Y si la razon no estuviese tan ciega, no bastarian los de todos juntos, para atreverse á tomar armas contra su Criador, y sustentar guerra continua contra quien los puede hundir en los abismos en un momento, sino como es-



tá ciega, quedan como locos, que buscan la muerte: porque en su imaginacion les parece con ella ganar la vida: en fin, como gente sin razon. ¿Qué podemos hacer, Dios mio, á los que están con esta enfermedad de locura? Dicen que el mesmo mal les hace tener grandes fuerzas; así es los que se apartan de Dios, gente enferma, que toda su furia es con Vos, que les haceis mas bien. ¡Ó sabiduría, que no se puede comprender! Como fue necesario todo el amor que teneis á vuestras criaturas, para poder sufrir tanto desatino, y aguardar á que sanemos, y procurarlo con mil maneras de medios y remedios. Cosa es que me espanta, quando considero que falta el esfuerzo para irse á la mano de una cosa muy leve, y que verdaderamente se hacen entender á sí mesmos que no pueden, aunque quieren, quitarse de una ocasion, y apartarse de un peligro á donde pierden el alma: y que tengamos esfuerzo y ánimo para acometer á una tan gran Majestad como sois Vos. ¿Qué es esto, bien mio? ¿Qué es esto? ¿Quién da estas fuerzas? ¿Por ventura el capitán á quien siguen en esta batalla contra Vos, no es vuestro siervo, y puesto en fuego eterno? ¿Por

qué se levanta contra Vos? ¿Cómo da ánimo el vencido? ¿Cómo siguen al que es tan pobre que le echaron de las riquezas celestiales? ¿Qué puede dar quien no tiene nada para sí, sino mucha desventura? ¿Qué es esto, mi Dios? ¿Qué es esto, mi Criador? ¿De dónde vienen estas fuerzas contra Vos, y tanta cobardía contra el demonio? Aun si Vos, Principe mio, no favoreciérades á los vuestros. Aun si debiéramos algo á este principe de las tinieblas, no llevaba camino, por lo que para siempre nos teneis guardado, y ver todos sus gozos y prometimientos falsos y traidores. ¿Qué ha de hacer con nosotros, quien lo fue contra Vos? ¡Ó ceguedad grande, Dios mio! ¡Ó qué grande ingratitud, Rey mio! ¡Ó qué incurable locura, que sirvamos al demonio con lo que nos dais Vos, Dios mio! Que paguemos el gran amor que nos teneis, con amar á quien así os aborrece, y ha de aborrecer para siempre: que la sangre que derramastes por nosotros, y los azotes, y grandes dolores que sufristes, y los grandes tormentos que pasastes en lugar de vengar á vuestro Padre eterno (ya que Vos no quereis venganza, y lo perdonastes) de tan gran des-



acato como se usó con su Hijo, tomamos por compañeros y por amigos á los que así le trataron, pues seguimos á su infernal capitán; claro está que hemos de ser todos unos, y vivir para siempre en su compañía, si vuestra piedad no nos remedia de tornarnos el seso, y perdonarnos lo pasado. ¡Ó mortales, volved, volved en vosotros! Mirad á vuestro Rey, que ahora le hallaréis manso; acábase ya tanta maldad; vuélvanse vuestras furias, y fuerzas contra quien os hace la guerra, y os quiere quitar vuestro mayorazgo. Tornad, tornad en vosotros, abrid los ojos, pedid con grandes clamores y lágrimas luz á quien la dió al mundo: entendedos por amor de Dios, que vais á matar con todas vuestras fuerzas á quien por daros vida perdió la suya; mirad que es quien os defiende de vuestros enemigos. Y si todo esto no basta, básteos conocer que no podeis nada contra su poder, y que tarde ó temprano habeis de pagar con fuego eterno tan gran desacato y atrevimiento. ¿Es porque veis á esta Majestad atado y ligado con el amor que nos tiene? ¿Qué mas hacian los que le dieron la muerte, sino después de atado darle golpes y heridas? ¡Ó mi Dios!

¡Cómo padecéis por quien tan poco se duele de vuestras penas! Tiempo verná, Señor, donde haya de darse á entender vuestra justicia, si es igual de la misericordia. Mirad, cristianos, considerémoslo bien, y jamás podremos acabar de entender lo que debemos á nuestro Señor Dios, y las magnificencias de sus misericordias. Pues si es tan grande su justicia, ¡ay dolor! ¡ay dolor! ¿Qué será de los que hayan merecido que se ejecute, y resplandezca en ellos?

XIII.

13. ¡Ó almas que ya gozais sin temor de vuestro gozo, y estais siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! Venturosa fue vuestra suerte. ¡Qué gran razon teneis de ocuparos siempre en estas alabanzas, y qué envidia os tiene mi alma, que estais ya libres del dolor que dan las ofensas tan grandes que en estos desventurados tiempos se hacen á mi Dios, de ver tanto desagradecimiento, y de ver que no se quiere ver esta multitud de almas que lleva Satanás! ¡Ó bienaventuradas ánimas celestiales! Ayudad á nuestra miseria, y sednos intercesores ante la divina misericordia, para



que nos dé algo de vuestro gozo, y reparta con nosotras de ese claro conocimiento que teneis. Dadnos, Dios mio, Vos á entender, qué es lo que se da á los que pelean varonilmente en este sueño desta miserable vida. Alcanzadnos, ó ánimas amadoras, á entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y como es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar. ¡Ó desventurados de nosotros, Señor mio, que bien lo sabemos y creemos, sino que con la costumbre tan grande de no considerar estas verdades, son tan extrañas ya de las almas, que ni las conocen ni las quieren conocer! ¡Ó gente interesal, codiciosa de sus gustos y deleites, que por no esperar un breve tiempo á gozarlos tan en abundancia, por no esperar un año, por no esperar un día, por no esperar una hora, y por ventura no será mas que un momento, lo pierden todo, por gozar de aquella miseria que ven presente! ¡O, ó, ó, qué poco fiamós de Vos, Señor! ¿Cuántas mayores riquezas y tesoros fiastes Vos de nosotros, pues treinta y tres años de grandes trabajos, y después muerte tan intolerable y lastimosa, nos distes á vuestro Hijo, y tantos años antes de nues-

tro nacimiento, y aun sabiendo que no os lo habíamos de pagar, no quisistes dejarnos de fiar tan inestimable tesoro, porque no quedase por Vos, lo que nosotros granjeamos con él podemos ganar con Vos, Padre piadoso! ¡O ánimas bienaventuradas! Que tambien os supistes aprovechar, y comprar heredad tan deleitosa, y permanente con este precioso precio: decidnos, ¿cómo granjeábades con él bien tan sin fin? Ayudadnos, pues estais tan cerca de la fuente, coged agua para los que acá perecemos de sed.

XIV.

14. ¡O Señor y verdadero Dios mio! Quien no os conoce, no os ama. ¡O qué gran verdad es esta! ¡Mas ay dolor, ay dolor, Señor, de los que no os quieren conocer! Temerosa cosa es la hora de la muerte, ¡mas ay, ay, Criador mio! ¿Cuán espantosa será el día á donde se haya de ejecutar vuestra justicia? Considero yo muchas veces, Cristo mio, cuán sabrosos y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos á quien os ama, y Vos, bien mio, quereis mirar con amor. Paréceme que sola una vez deste mirar tan suave á las